

Señoras y Señores:

En mi familia, el culto revolucionario al señor General de División don Francisco J. Múgica es <sup>de</sup> una vigencia patriótica que se origina en la -- ejemplaridad del ideólogo, en la intransigencia del político, en la ~~razana~~ insaculada conducta del hombre, y las tres características integran la carga ~~razana~~ de valor que ha impuesto para su honra, y para la nuestra, la casi religiosa denominación de maestro.

El señor General Múgica representa, por su papel en la Historia de México, un caso de nobilísima universalidad, y no porque los ~~matras~~ <sup>órganos</sup> publicitarios se hayan encargado de presentarlo, para bien o para mal, ante los ojos del mundo que le fue contemporáneo, -- porque ello lo puede alcanzar cualquier bandido como Jesse James, cualquier Ganster --- como Al Capone, cualquier Chucho el Roto o cualquier demagogo de aldea. La universalidad de Múgica se encuentra en la validez de las postulaciones ideológicas de las -- que fue paladín, por las que fue poeta, fue soldado y fue tribuno. Como ejemplar humano llegó al grado de maestro, porque superó más de tres veces a los hombres que -- fueron sus compañeros de lucha, a los que fueron parásitos y usufructuarios de su -- vida entendida como episodio apostólico y a los que, como todos los discípulos traidores o incapaces de comprender al genio, le denegaron el lugar que merecía como -- conductor del México institucional que con la fuerza de las armas y con la de su pensamiento había logrado -- formando parte del gran ejército de esforzados luchadores de la Revolución, -- ver integrado y victorioso.

Múgica no fue un demagogo, no tuvo los atributos contrastantes entre Dion y Pericles, entre el vociferador tocinerero y el estadista inmortal del Siglo V de Grecia. Fue pensador sereno, y hombre de acción resuelto; pero no halagó multitudes, estimulando sus bajas pasiones, esparciendo sobre las conciencias de los campesinos o de los obreros, de los trabajadores en general, la dorada paja de las -- promesas de imposible cumplimiento, de no deseado cumplimiento.

El Maestro Múgica porque maestro y padre debíamos llamarle, no sólo llegó a la categoría de ente universal por lo que se ha dicho, sino que su pen-



samiento y la roja entraña del sentimiento, concordaron en dar a su existencia la bella condición exigida por el clásico a las vidas ejemplares: que la conducta sea de tal manera, que ostente congruencia con las ideas, esto es, igualando la vida con el pensamiento. Además, porque en la doctrina que postuló jamás se vio el intento rebajar la dignidad humana. No fundó su constelación de principios revolucionarios en la deficiencia axiológica del hombre, en el defecto o en la cualidad o en la necesidad ordinaria y vulgar; no valorizó al ser humano como pudiera hacerlo un biólogo, por atributos o condiciones de naturaleza somática, como por ejemplo tener apéndice, o sentir hambre; categorizó al hombre como ser de razón, como persona, como ser de cultura, como sujeto digno y libre. Por eso Múgica no fue un utilizador de hombres, sino un guía en cierto modo distante, como la nube hebrea que iluminaba desde la altura, como la antorcha, que debe ir levantada para no ~~aproximar~~ despediciar la luz. Cuando convocó a sus amigos, lo hizo en el nombre de ideales, del bien público, del progreso, de la justicia, de la fraternidad; no quería que hubiera indios, sino ciudadanos y prefería hablar de humanidad a hablar de naciones.

Hombres de la meseta tarasca; Múgica que preside en efigie las majestades desde vuestras sierras, que es aunque no lo parezca por lo minúsculo del monumento en torno del cual nos congregamos, una cumbre más entre las de los montes de México--atalayas y rincheras, como trincera y atalaya fue él mismo, --Múgica; repito, no dió a los indios tal denominación, porque la consideraba discriminatoria, ni habló de incorporaciones indígenas, porque nunca propició ninguna doctrina sajona para los pueblos de América. Compañeros, decía él -- en los Congresos Agrarios, ciudadanos, pronunciaba, usando el lenguaje republicano en la tribuna del Constituyente de Querétaro, y allí mismo habló -- de respeto y de dignidad, cuando --legislador prominentísimo en esa asamblea, plasmó los artículos relativos a la educación que se debía lograr dejando--intocados e intocables los intereses del niño. Compañeros de Carapan y lugares vecinos, ya no hay razas, sino clases sociales. El concepto de raza es puramente psicológico, y hablar de él en política es pasar la revolución a



social honrada y legítima.

Múgica fue comprendido, pero inspiró temores. Manejaba ideas puras y por eso fue inmaculada su existencia: fue pobre y su viuda siempre ha trabajado para ganar su pan; no cobra la preciosa sangre de su marido expuesta en los combates, ni las regalías por los beneficios que dejó a México median- el testamento de vida jurídica contenido en nuestra carta magna. No fue ave de rapiña disfrazado de paloma; fue un pensador, un estudioso, un batallador mili- tar y civilmente, y si no tuvimos la suerte de que nos condujera como jefe de la Nación, aceptemos como buena la razón de que lo impidieron poderes extran- jeros, para vergüenza de quienes así lo expliquen--pero esta reunión está de- mostrando que Múgica preside la constante y dura batalla por la grandeza de la Patria.

Pero no perdamos de vista su pensamiento: él, compañeros de la región serrana en cuya superficie nos encontramos, no propugne clasificaciones ra- ciales, sino clases de trabajadores, y éstas necesitan educación, técnica, in- dustria, caminos, agua, electricidad, justicia, en una palabra la igualdad d oportunidades que a los pueblos deben ofrecer y dar en verdad todos los países que ostentan régimen democrático.

Entonemos a Múgica un himno a base de gigantescos orfeones de pueblos exaltando la devoción por él que convocó a los hombres mejores por el cora- zón y por la inteligencia para formar el ejército y para personificar activa- mente las instituciones emancipadoras; Celebramos los éxitos que obtuvo sin necesidad de hacerse seguir de forajidos rurales o urbanos, como triunfos de la moralidad misma. La pobreza fue para él una desgracia, pero no una razón para reclamar el poder, porque él sabía que en los grandes pueblos civilizados al hambriento en vez de poder hay que darle mesa alimentadora, y que los -- premios grandes, los de ocupar el solio de los guáldores, es para los que de- fienden la libertad aun a costa de matar tiranos, por muy encendida que sea l la púrpura que vistan; por muy franciscano que sea el sayal que usen, por muy ovejuna que sea la piel con que se disfrazen. Salud, Ciudadanos.